

E L P O D E R
de
L A C R U Z

Libros de Tony Evans publicados por Portavoz:

30 días hacia la victoria a través del perdón

30 días para derribar fortalezas emocionales

Alcanza la victoria financiera

¡Basta ya de excusas!

¡Cuidado con esa boca!

Entre la espada y la pared

El matrimonio sí importa

Nunca es demasiado tarde

Oraciones para la victoria en la guerra espiritual

El poder de la cruz

El poder de los nombres de Dios

El poder de los nombres de Dios en la oración

Solo para esposas

Solo para esposos

Sexo... una relación diseñada por Dios

Tu destino

Victoria en la guerra espiritual

E L P O D E R
de
L A C R U Z

TONY EVANS



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *The Power of the Cross*, © 2016 por Anthony T. Evans y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *El poder de la cruz*, © 2017 por Editorial Portavoz, filial de Kregel, Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Traducción: Rosa Pugliese

Diseño de portada: Dogo Creativo

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “RVA-2015” ha sido tomado de Reina Valera Actualizada © 2015 por Editorial Mundo Hispano. Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “NVI” ha sido tomado de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional*®, copyright © 1999 por Biblica, Inc.® Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “NTV” ha sido tomado de la *Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente*, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Las cursivas añadidas en los versículos bíblicos son énfasis del autor.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, MI 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5730-2 (rústica)
ISBN 978-0-8254-6613-7 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-8769-9 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 26 25 24 23 22 21 20 19 18 17

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

*Al Dr. Charles Ryrie
Gracias por tu aporte en mi vida,
educación, ministerio y perspectiva teológica.*

CONTENIDO

Introducción: La centralidad de la cruz	9
PARTE 1: LA PERSONA DE LA CRUZ	
1. La unicidad	25
2. La predicción	41
3. La muerte	57
4. La resurrección y la ascensión	69
PARTE 2: EL PROPÓSITO DE LA CRUZ	
5. Los logros	85
6. La identificación	99
7. La autoridad	111
8. La libertad	123
PARTE 3: EL PODER DE LA CRUZ	
9. La estabilidad	139
10. La liberación	153
11. La conmemoración	167
12. Las bendiciones	179
Conclusión: La victoria final	191
Epílogo: Unidad al pie de la cruz	201

INTRODUCCIÓN:

LA CENTRALIDAD DE LA CRUZ

COMO UN NIÑO QUE CRECIÓ en Baltimore, los sábados seguía una rutina habitual. Primero, me dedicaba a terminar las tareas de la casa que mi mamá me había encargado. Luego, cuando terminaba con esas tareas —por lo general al mediodía—, me marchaba al Diamante. El “Diamante” era un gran campo de fútbol situado a pocos minutos de mi casa, donde los chicos nos reuníamos todos los sábados para jugar fútbol americano.

Era mi pasión. A pesar de jugar al fútbol en la escuela durante la semana e incluso en cualquier partido que se jugara el viernes por la noche, todos los sábados por la tarde me podían encontrar en el Diamante.

En una ocasión estábamos todos reunidos en el Diamante para nuestro partido del sábado por la tarde. Como siempre hacíamos, habíamos elegido de qué lado jugaría cada equipo y era el momento de empezar el partido. Sin embargo, cuando cada uno ya estaba preparado en su puesto correspondiente, empezamos a mirar a nuestro alrededor en busca de la pelota. La buscamos un buen rato, ¡porque ese sábado en particular nadie había llevado una pelota de fútbol!

EL PODER DE LA CRUZ

Habíamos dedicado tiempo para ir al Diamante y habíamos elegido el lado de cada equipo; sin embargo, todo llegó a un abrupto final por la sencilla razón de que la pelota no estaba. No pudimos llevar a cabo aquello que habíamos ido a hacer, porque faltaba lo principal.

¿No es increíble que algo tan pequeño sea tan importante? No podíamos jugar al fútbol sin la pelota.

Como bien sabes, en un partido de fútbol la pelota es el factor determinante. Toda la acción, todos los planes, las estrategias, las jugadas, los pases de la pelota, los goles, el marcador, quién gana, quién pierde, todo se mide en función de la pelota. Los jugadores se pelean por la pelota, se alegran cuando la tienen y se esfuerzan al máximo por poseerla. Los partidos de la Liga Nacional de Fútbol (NFL) han generado un negocio multibillonario y atraen la mirada, la atención y la adoración de millones de fanáticos cada semana. Pero sin la pelota, no hay partido. Sin la pelota, todo lo que sucede en un estadio o en un campo de juego es una pérdida de tiempo.

La cruz: El eje central

En el cristianismo, la cruz es el eje central; lo más importante de la vida cristiana.

Lo que Jesús hizo en la cruz es el eje central. Sin la crucifixión de Cristo, no hay poder, ni libertad, ni perdón, ni autoridad, ni fuerza, ni victoria... nada en absoluto. La cruz es lo más importante.

Cada año en Semana Santa, los cristianos típicamente evocan la cruz. Recordamos que la muerte de Cristo pagó el castigo por nuestros pecados. La cruz dio lugar a una tumba vacía tres días después. La resurrección —la vida eterna— es el resultado de la muerte sacrificial de Cristo. Meditamos en la realidad de la cruz, que permite a los que creen y confían en Jesucristo pasar la eternidad en el cielo. Sin embargo, una vez que pasa la Pascua,

INTRODUCCIÓN: LA CENTRALIDAD DE LA CRUZ

frecuentemente volvemos a nuestra propia vida y tratamos de vivir sin la cruz de Cristo como lo más importante de la vida cristiana.

Esto es como si la NFL decidiera tener una pelota de fútbol solo para el Super Bowl y no tuviera a disposición ninguna pelota para las otras semanas de la temporada que culminan en la gran final. Tener una sola pelota para el Super Bowl no serviría de nada, porque sin una pelota cada semana no habría Super Bowl.

Del mismo modo, no es suficiente con reunirnos en el lugar indicado cada domingo —el templo— o con las personas adecuadas para nuestra vida: otros creyentes. No alcanza con un programa, libros, seminarios, un tiempo de adoración los domingos y un tiempo devocional privado durante toda la semana. Todo eso es bueno y esencial. Pero no significa nada sin la centralidad de la cruz: lo más importante. Si dejamos a un lado la cruz, solo nos queda el cascarón vacío llamado “religión”.

Solo nos queda un conjunto vacío de reglas, requisitos y juicios para tratar de legislar la espiritualidad sin la intimidad, la gracia y el poder para vivir una vida espiritualmente victoriosa. Como resultado, el creyente vive en perpetua derrota: nunca tiene la victoria, nunca supera totalmente sus dificultades, nunca se sobrepone a sus circunstancias. No logra cumplir su destino ni su propósito, porque está viviendo sin el poder ni la liberación de la cruz. Está tratando de vivir la vida cristiana sin lo más importante, que es como tratar de jugar un partido de fútbol sin la pelota.

LA CRUZ ES LA
MAYOR AFIRMACIÓN
Y DEMOSTRACIÓN
DE PURO AMOR.

Muchas veces llevamos una cruz en el cuello o aretes con forma de cruz o colgamos cuadros, pancartas y réplicas en nuestros hogares y templos. Sin embargo, de ese modo corremos el riesgo de negar el verdadero significado y valor de la cruz.

EL PODER DE LA CRUZ

Corremos el riesgo de restarle importancia a su auténtico poder. Podríamos convertirla en un amuleto de buena suerte o en un artículo de decoración. Básicamente, podríamos convertirla en nada más que una réplica para provocar culpa en vez de anunciar lo que es: la mayor afirmación y demostración de puro amor.

El problema que hoy tenemos en nuestra vida personal, nuestros hogares, nuestras iglesias y comunidades no es la falta de conocimiento ni de capacidad. Ni siquiera es un problema de falta de motivación. En nuestra cultura cristiana contemporánea, el problema es que nos hemos olvidado del propósito, preeminencia y poder de la cruz. Hoy la vemos como un símbolo de poca relevancia para nosotros a no ser en la Santa Cena o en la Pascua.

En vez de ver la cruz como un símbolo que refleja algo que sucedió hace miles de años, deberíamos verla como un suceso histórico que un día nos llevará al cielo; un hecho actual que nos ofrece todo lo que necesitamos para traer el cielo a la tierra.

Pablo: Recuerden a Cristo y la cruz

Cuando Pablo les escribe a los cristianos de Galacia, los insta una y otra vez, de una forma u otra, a recordar a Cristo y la cruz. Al concluir su carta a los gálatas, hizo lo que a menudo hacemos hoy cuando usamos letra cursiva o negrita, o cuando subrayamos o resaltamos un texto: enfatizó lo que quería decir con “grandes letras... de [su] propia mano” (Gá. 6:11). Básicamente, Pablo estaba diciendo: “No quiero que pasen por alto esto. Todo lo que he dicho hasta ahora es importante, pero esta parte es más importante”.

Les recordó la cruz, su única esperanza de gloria: “Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo” (v. 14).

Hacía tiempo que el apóstol era salvo. Sin embargo, seguía diciendo: “lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz”. Él no dejó

INTRODUCCIÓN: LA CENTRALIDAD DE LA CRUZ

que la realidad histórica de la cruz perdiera su relevancia contemporánea. El único punto de referencia de su vida era la cruz de Cristo. La cruz era el centro de su propia existencia. Era el poder para superar sus debilidades. Era su identidad y su esperanza.

¿Religión o relación?

La razón por la que Pablo dedicó tanto esfuerzo en enfatizar tanto la cruz en su carta a los gálatas era porque ellos estaban confundidos sobre el verdadero significado de la espiritualidad y el poder. Ya no buscaban el poder que les confería la muerte de Cristo en la cruz y el advenimiento del Espíritu Santo; sino lo que ellos mismos podían hacer en vez de lo que Cristo ya había hecho. Pablo era muy consciente de que en el corazón de ellos se había infiltrado esta mentalidad. Por eso, unos capítulos más adelante, escribe: “Todos los que quieren agradar en la carne, éstos os obligan a que os circuncidéis, solamente para no padecer persecución a causa de la cruz de Cristo” (Gá. 6:12).

Pablo estaba diciendo que lo que les impedía a los cristianos de Galacia experimentar la plenitud de Jesucristo y la abundancia de la vida cristiana era la religión. La religión se había interpuesto en el camino de la cruz.

En esa época, la circuncisión era el símbolo externo del compromiso y la participación religiosa. De hecho, había un grupo específico de judíos que seguía a Pablo a dondequiera que él iba y, cada vez que él iniciaba una iglesia, trataban de cambiar el marco de creencias de la iglesia. Este grupo, conocido como los “judaizantes” (del verbo griego *Ioudaízo* que significa “vivir conforme a las costumbres judías”), eran judíos que seguían siendo fieles a las leyes religiosas del Antiguo Testamento. Estos judaizantes trataban de convencer a los nuevos cristianos de que debían cumplir con las prácticas religiosas externas, de las cuales la principal era la circuncisión. Trataban de debilitar el mensaje

EL PODER DE LA CRUZ

de la cruz. Tenían una religión, pero no tenían una relación personal con Jesucristo.

Aunque sea sincera, cada vez que la práctica religiosa sobrepasa la relación, el poder de Jesucristo está ausente en la vida del creyente.

Uno de los mayores peligros que corren nuestras iglesias hoy es que la religión reemplace la relación íntima con el Salvador. La *religión* es el cumplimiento externo de prácticas, códigos o normas que se ejercen en el nombre de Dios; sin embargo, se prescinde de Él. Por ejemplo, si tú vas a la iglesia porque es un deber religioso o espiritual y no por la motivación de ir a adorar a Dios, aprender de Él y entrar en su presencia, eso es religión. La religión es todo aquello que haces por Dios, que no brota de un corazón unido a Él.

EL LEGALISMO MIDE
TU ESPIRITUALIDAD
POR TU ACTIVIDAD.
SIEMPRE TIENES QUE
HACER MÁS, SER MEJOR
Y ESFORZARTE MÁS.

Recuerdo en particular un trabajo de investigación que hice cuando estudiaba en el seminario. Cuando lo entregué, me sentía muy orgulloso del esfuerzo que había puesto y la diligencia con que lo había hecho. Había logrado dominar la temática y había analizado todos los posibles elementos idiosincrásicos de los argumentos. Estaba muy satisfecho de mi trabajo escrito.

Sin embargo, cuando mi profesor me devolvió el trabajo, tenía escrito un cero rojo grande y notorio en la parte superior, junto con una nota más pequeña en la parte inferior. En una nota escueta, mi profesor había escrito: “Tony: gran trabajo. Excelente preparación. Tema equivocado”.

No es que no hubiera hecho un buen trabajo; era que había hecho un buen trabajo sobre el tema equivocado. En consecuencia, no recibí el reconocimiento por lo que había hecho. El cristianismo es igual. No es que no abunden personas que

INTRODUCCIÓN: LA CENTRALIDAD DE LA CRUZ

hagan gran cantidad de cosas excelentes. No es que muchas de esas mismas personas no asistan a la iglesia, no ayuden a los que sufren o no digan todas las obviedades de la vida espiritual; sino que, a pesar de todas sus prácticas correctas, han perdido de vista la cruz. Han perdido de vista a Jesucristo. Entonces se preguntan por qué no están experimentando victoria, poder, esperanza y autoridad.

La razón es que, en realidad, las prácticas externas —las normas de la religión— se interponen en la relación. A menudo esas normas religiosas se denominan *legalismo*. El legalismo mide tu espiritualidad por tu actividad. En el legalismo, siempre tienes que hacer más, ser mejor, ir más allá, orar más y esforzarte más. La lista es interminable. Uno de los problemas con el legalismo es que nunca se sabe cuándo llegas al final de la lista, porque siempre hay algo más que añadir.

Pablo fue severo con aquellos que contemplaban seguir la religión de los judaizantes, cuando en Gálatas 5 escribió: “Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud... si os circuncidáis, de nada os aprovechará Cristo... De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído” (vv. 1-2, 4).

Pablo usa las expresiones “de Cristo os desligasteis” y “de la gracia habéis caído” para indicar que Jesucristo ya no es de beneficio para ti en la tierra. Pierdes toda su fuerza, intimidad, poder y todo lo que Él tiene para ofrecer, si te empeñas en ser religioso. Esta verdad es sumamente profunda. Lo que Pablo está diciendo es que la actividad religiosa puede realmente impedir que los cristianos experimenten al Señor. La práctica de la iglesia puede, en realidad, alejarnos de Cristo. La superioridad moral puede privarnos de la verdadera moralidad.

Por ejemplo, una mujer casada que se preocupa por cumplir con todas las tareas de su lista de quehaceres porque se siente bajo presión, busca aprobación o se siente intimidada por su

EL PODER DE LA CRUZ

marido, refleja una relación muy distinta a una mujer casada que cumple con la misma lista motivada por amor. La práctica podría ser la misma; de hecho, podría ser idéntica. Pero la motivación cambia el disfrute y la recompensa de la práctica.

Dios no quiere que lo sirvamos solo por un deber; Él quiere que lo sirvamos simple y puramente por amor. Él quiere nuestro corazón. Él quiere que nuestra moralidad, nuestra vida de oración, nuestra dedicación a Él y todo lo demás sean producto de nuestra relación con Él y no de nuestro deber religioso. En vez de definirnos por lo que hacemos, Él quiere que nos definamos por Aquel que nos compró: Jesucristo.

Dos crucifixiones

El apóstol Pablo menciona dos crucifixiones que deben ocurrir para poder tener una vida cristiana victoriosa: la de Jesús y la de nosotros. De sí mismo dice: “Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo” (Gá. 6:14).

En otras palabras, en la cruz, Pablo crucificó todas las cosas que pertenecen a este mundo. Al estar “crucificado” con Cristo, Pablo (1) se separó del orden de este mundo y, después, (2) se unió y se alineó con Cristo. Estas son las dos crucifixiones.

La palabra “mundo” en griego es *kósmos*. Simplemente, se refiere a un sistema mundial organizado o a un orden destinado a promover un énfasis o filosofía determinados. Por ejemplo, a menudo hablamos sobre el “mundo de los deportes”, el “mundo de las finanzas” o el “mundo de la política”. Estas expresiones no se refieren a una ubicación o lugar; sino a un sistema organizado inclusivo de ciertas definiciones, normas y cosmovisiones filosóficas.

Cuando Pablo afirma que ha sido crucificado con Cristo, está diciendo que ya no está vivo para el sistema de este mundo que no quiere tener en cuenta a Dios, a veces conocido como munda-

INTRODUCCIÓN: LA CENTRALIDAD DE LA CRUZ

nalidad. El apóstol explica que estaba crucificado a las estrategias y normas establecidas para tratar de hacer que la humanidad sea aceptable a Dios, independientemente de Él.

En realidad, al mundo no le preocupa la religión. El mundo no solo tolera la religión, sino que a menudo incluso la acepta. Las religiones dominan gran parte de los sistemas de la humanidad en todo el mundo. Sin embargo, lo que el mundo no tolera es la cruz de Jesucristo. Apenas hablas de Jesús, estás siendo demasiado específico. Hablar de Dios está bien, porque es genérico y no preciso.

La cruz como nuestro eje central

Recuerda, la cruz no tiene que ver con religión. Es la expresión de un amor eterno y el pago de todos los pecados —pasados, presentes y futuros— de la humanidad, incluido los tuyos.

Si algo le sucede al eje de una rueda, los radios se desconectan. Del mismo modo, si la cruz no es el eje central de tu vida —tu identidad en Cristo—, corres el riesgo de experimentar una desconexión extrema en diversas áreas de tu vida. No permitas que el sistema de este mundo, que no tiene en cuenta a Dios, te defina. No te dejes engañar por la creencia de que puedes entrar y salir de ambas como quieras. ¿Has ido alguna vez a nadar a un océano o lago muy profundo? Si intentarás nadar a varios cientos de metros de profundidad, no sobrevivirías, por la sencilla razón de que tu cuerpo no fue hecho para ese medio ambiente. Sin el equipo de buceo adecuado, no podrías sobrevivir más que un par de minutos. Amigo, la cruz es tu equipo de buceo en este mundo. Es tu tanque de oxígeno. Es tu identidad. Es tu punto de referencia. Es tu vida. Es todo eso.

¿Por qué a tantos creyentes les resulta difícil vivir victoriosamente? Porque aceptan la cruz, pero luego dejan la cruz atrás. Jesús dijo: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame” (Mt. 16:24). Él no dijo que

EL PODER DE LA CRUZ

debes cargar tu cruz y luego dejarla; sino que debes tomar y llevar tu cruz.

Se trata de una identificación continua, como señaló Pablo en su carta a los corintios: “Os aseguro, hermanos, por la gloria que de vosotros tengo en nuestro Señor Jesucristo, que *cada día muero*” (1 Co. 15:31). La cruz representa la constante relación e identificación con Jesucristo y con el propósito de su vida, muerte, sepultura y resurrección. Es el reconocimiento de una total y completa dependencia de Cristo y de su suficiencia, así como de un reconocimiento del pecado personal.

Jesús quiere ser más importante para ti que tus propias comodidades. En Lucas 14, le dijo a la atenta multitud: “El que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo” (v. 27). Tú debes llevar *tu* cruz, no la cruz de Cristo. Él llevó su propia cruz. Y tú debes llevar tu cruz.

Lleva tu cruz

Tenemos algunas ideas equivocadas sobre lo que significa llevar o cargar con nuestra cruz. Algunos dicen, cuando tienen una dolencia física, problemas con los suegros o vecinos ruidosos: “Bueno, tengo que llevar la cruz”. Ninguna de estas situaciones constituye una cruz.

En la época de los romanos, cuando un convicto llevaba su cruz hasta el lugar de su ejecución, era una demostración de que era culpable del delito por el que se le condenaba. Llevar tu cruz significa hoy soportar la afrenta de Jesucristo. Es estar tan identificado con Él que, cuando te acusan de ser un cristiano, aceptas que eres culpable. Cuando alguien te acusa de ser su discípulo, dices: “Me descubriste”. Llevar tu propia cruz es admitir públicamente que estás comprometido con Cristo, que eres culpable de ponerlo a Él primero.

Una joven lleva su cruz cuando le dice a su novio: “No puedo acostarme contigo porque soy cristiana”. Un hombre de negocios

INTRODUCCIÓN: LA CENTRALIDAD DE LA CRUZ

lleva su cruz cuando dice: “No puedo hacer eso porque es inmoral y no corresponde a un discípulo de Cristo como yo”. Llevar tu cruz es morir a ti mismo y a lo que tú quieres; significa poner primero a Jesús. No es cómodo llevar una cruz.

La religión y los títulos religiosos no significan nada. Lo que importa es tu identificación con Jesucristo y la vida nueva que Él te da. Pablo le dijo a la iglesia de Corinto: “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Co. 5:17).

La victoria en tu vida diaria, tus decisiones, tus emociones, tus finanzas y en todas las cosas depende por completo de tu devoción por Jesucristo y por lo que Él hizo en la cruz por ti. Descansa en su obra, no en tus propias obras. Tiene que ver con la nueva criatura que eres, no con la carne.

Pablo concluye su carta a los creyentes de Galacia con este pensamiento final de reflexión sobre el fruto de una vida vinculada a la cruz: “Y a todos los que anden conforme a esta regla, paz y misericordia sea a ellos” (Gá. 6:16). ¿Por qué tantas personas hoy viven sin paz? Porque no se están alineando bajo el poder perfecto de la cruz.

Pablo dice que si tú vives conforme al principio de la cruz; es decir, pones en línea tus pensamientos y tus acciones con la centralidad de la cruz, experimentarás las bondades de Dios, que incluyen paz y misericordia. Sin embargo, cuando estás satisfecho solo con la religión o la práctica religiosa —o incluso cuando pones tu confianza en tus prácticas religiosas para obtener el favor de Dios—, te has desligado de Cristo y has caído de la gracia.

Caer de la gracia es un incidente bastante drástico. La gracia es la provisión de todo lo que necesitas para vivir una vida de abundancia y paz. Para comprender mejor lo que significan las expresiones “de Cristo os desligasteis” o “de la gracia habéis caído”, vamos a hacer una comparación con la electricidad. La electricidad es el flujo de energía que hace que las cosas funcionen

EL PODER DE LA CRUZ

en tu hogar. Prácticamente, toda tu casa funciona gracias a la electricidad. Los electrodomésticos, las luces, la calefacción, el aire acondicionado, las computadoras y la televisión funcionan porque reciben electricidad. Si se corta la electricidad, el flujo de energía se detiene y los electrodomésticos y las luces no funcionan, aunque los sigas teniendo.

Estar desligado de Cristo o caer de la gracia significa que el flujo de lo que Dios quiere hacer en ti y por medio de ti se ha detenido. Básicamente, estás desenchufado o desconectado del poder de Jesús, a pesar de que todavía tienes toda la parafernalia de la religión. Por tanto, pierdes la esperanza, la paz y el denuedo y tu fe se debilita.

Sin embargo, los que viven conforme al principio de la cruz experimentan una paz que sobrepasa todo entendimiento. El Espíritu de Dios impregna todo lo que hacen de tal manera que empiezan a pensar, a vivir, a amar de manera diferente. Esto se debe a que el fluir del Espíritu, la electricidad que recibimos por lo que Jesús hizo en la cruz, nos da poder y Dios obra en nosotros.

Nunca permitas que la religión se interponga en el camino de tu relación con Jesucristo. Antes bien, quítate la cruz que cuelga de tu cuello y, en cambio, lleva tu cruz. Has sido crucificado con Cristo para que puedas vivir como la nueva criatura que realmente eres.

Sinopsis del libro

Para ayudarte en este nuevo descubrimiento de la incorporación de la *persona*, el *propósito* y el *poder* de la cruz en tu vida, en las partes 1 a 3 profundizaremos en estos temas. Comenzaremos por estudiar la persona de Jesucristo: qué lo hace único, cómo fue preanunciado a través de profecías y tipología, así como también cómo su humillación, muerte y resurrección le coronó como Señor de todo.

Luego veremos el propósito de la cruz: qué hizo por noso-

INTRODUCCIÓN: LA CENTRALIDAD DE LA CRUZ

tros, cómo está destinada a ser el eje central de nuestra vida y la autoridad que no tan solo tiene, sino que nos ofrece también.

Finalmente, analizaremos el poder de la cruz en tu vida diaria, incluso la estabilidad que proporciona, la liberación que ofrece y el poder de su constante evocación.

Te felicito por decidirte a estudiar este tema para conocer todo lo que Dios ha hecho y te ofrece a través de su Hijo y su muerte en la cruz.

PARTE I

LA PERSONA
DE LA CRUZ



LA UNICIDAD

JESUCRISTO ES una persona única en su especie en toda la historia. Jesús de Nazaret, el Inigualable, sin lugar a dudas, ha sido el tema de más libros, más canciones y más devoción que cualquier otro en el mundo. Su aparición en la tierra fue tan monumental, que la historia se dividió en antes de Cristo (a.C.) y después de Cristo (d.C.). La importancia del tiempo para nosotros está determinada por la presencia de Jesucristo en la historia.

En una ocasión, los discípulos de Jesús se hicieron una pregunta que la gente se ha seguido haciendo casi dos mil años después. Los doce le habían visto calmar una tempestad en el mar de manera milagrosa. Luego se miraron unos a otros y se preguntaron: “¿Qué clase de hombre es este?” (Mt. 8:27, NVI). En otras palabras, ¿quién es este Jesús? Los Evangelios y el resto del Nuevo Testamento se han escrito para responder esa pregunta y explicar su incidencia en nuestra vida.

En la parte 1 veremos el más importante de todos los temas, teniendo en cuenta la unicidad y la autoridad de Jesús, y luego estudiaremos más a fondo su muerte y resurrección.

Su identidad única

Jesús es sin igual, porque es la única persona que existía

EL PODER DE LA CRUZ

antes de nacer (ver Jn. 1:1, 14) y es el mismo ayer, hoy y siempre (He. 13:8, NTV). Eso lo convierte en una *Deidad*. Pero es más que una Deidad. Es la única persona cuya concepción terrenal no tuvo relación con su origen. En virtud de su nacimiento como un hombre, Jesucristo es ahora *tanto el Hijo de Dios como el Hijo del Hombre*. Es una Deidad y es un ser humano. Es Dios-hombre: la Deidad encarnada, Dios hecho carne.

Su naturaleza es “verdadero Dios del Dios verdadero”, para usar una frase que han acuñado los teólogos en referencia a la naturaleza divina de Cristo. Muchos respetan a Jesucristo como una gran persona, un maestro inspirador y un gran líder, pero rechazan su deidad.

Eso es una herejía. No puedes tener en alta estima a Jesús y a la vez negar que es el Dios eterno, un concepto que el mismo Jesús aclaró a los líderes religiosos, las multitudes y sus discípulos más cercanos (p. ej.: Jn. 8:23-24, 28-29; 10:30-37).

Jesucristo afirmó ser Dios de manera clara y directa cuando dijo: “Yo y el Padre uno somos” (Jn. 10:30). Esta afirmación es significativa porque el género de la palabra “uno” es neutro, y da a entender que Él y su Padre son uno, perfecto en naturaleza y unificado en esencia. Esta era una afirmación personal de total igualdad con el Padre. Quienes escucharon esta declaración entendieron claramente que era una afirmación de deidad, ya que inmediatamente quisieron apedrearlo por la blasfemia de hacerse igual a Dios (v. 33).

Cuatro pruebas de su deidad

Podríamos usar varios argumentos para demostrar la deidad de Jesús, pero quiero considerar cuatro de ellos.

La primera prueba de la deidad de Jesús es su preexistencia. Ya hemos dicho que Cristo existía antes de su nacimiento. El profeta Miqueas declaró su preexistencia de esta manera: “Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de

LA UNICIDAD

ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad” (5:2).

Este es un versículo significativo por varias razones; en principio, por la exactitud en profetizar el lugar de nacimiento de Jesús. He visitado Belén y, aún hoy, es una ciudad pequeña. Sin embargo, era aún más pequeña y más insignificante en los días de Jesús. Por lo tanto, era aún más sorprendente que Miqueas predijera que Belén sería el lugar de nacimiento del Mesías, porque era como decir a los lectores dónde encontrar una aguja en un pajar. Pero observa lo que declaró el profeta sobre Aquel que nacería en Belén. Él no tenía principio; sus orígenes vienen desde la eternidad.

Asimismo, el profeta Isaías dio a Jesús el título de “Padre Eterno” (9:6) o “Padre de la eternidad” en su profecía de la primera y segunda venida de Jesús. Puesto que Jesús es el Padre de la eternidad, también es el Padre o iniciador del tiempo. Pero solo podía ser iniciador del tiempo si existía antes del tiempo. Este versículo habla de su preexistencia y dice que la naturaleza de Cristo es diferente a la de cualquier ser humano.

Los profetas no fueron los únicos que enseñaron sobre la preexistencia de Jesús. Él mismo lo declaró en una interacción que dejó atónitos y furiosos a sus detractores judíos. Ellos habían acusado a Jesús de tener un demonio (Jn. 8:52), porque afirmaba que todo aquel que creyera en Él no moriría. Entonces lo injuriaron y le hicieron esta pregunta: “¿Quién te haces a ti mismo?” (v. 53). Era una excelente pregunta, pero no les gustó la respuesta de Jesús, especialmente cuando les dijo: “Abraham vuestro padre se gozó de que había de ver mi día” (v. 56).

Los líderes judíos respondieron: “Aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham?” (v. 57). Estaban enojados porque Jesús hacía afirmaciones que ningún hombre había hecho jamás. Después, Jesús hizo esta importantísima declaración: “De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy” (v. 58).

EL PODER DE LA CRUZ

No pases por alto la importancia del tiempo verbal que Jesús usó aquí. Estaba haciendo una afirmación concluyente. Él no dijo: “Antes que Abraham fuese, yo era”; sino “soy”. Esto es muy

AL ADOPTAR EL
NOMBRE MÁS
PERSONAL Y
SANTO DE DIOS,
JESÚS AFIRMÓ SER
IGUAL A DIOS

significativo, porque “YO SOY” es el nombre con el que Dios se identificó cuando envió a Moisés a rescatar a Israel de Egipto.

“Y respondió Dios a Moisés: YO SOY EL QUE SOY... Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros” (Éx. 3:14). Este es el término que transliteramos como “Yahveh”, el Dios que existe en sí mismo. Este nombre describe la naturaleza personal, auto-suficiente y eterna de Dios. El Dios eterno no

tiene pasado, de modo que no puede decir: “Yo era”. No tiene futuro, de modo que no puede decir “Yo seré”. Dios ya existe en la eternidad.

El tiempo es importante para nosotros, porque no somos independientemente autosuficientes y eternos. Cuando Jesús les dijo a los judíos que Él era anterior a Abraham, estaba afirmando no solo su preexistencia, sino su Deidad.

La segunda prueba de la deidad de Jesús fue que Él se hizo igual a Dios. Al adoptar el nombre más personal y santo de Dios, “Yo soy”, de Juan 8:58, Jesús afirmó ser igual a Dios. Sus oyentes entendieron esto perfectamente, pues en esta ocasión también quisieron apedrearlo por blasfemia (v. 59).

La afirmación de Jesús es aún más fuerte en Juan 5:17-18: “Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo. Por esto los judíos aun más procuraban matarle, porque no sólo quebrantaba el día de reposo, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios”. Aquellos que estaban con Él entendieron que se estaba haciendo igual a Dios, porque afirmaba ser de la misma esencia de Dios.

En otras partes de la Biblia se iguala a Jesús con Dios. Génesis

LA UNICIDAD

1:1 dice que Dios creó el mundo. Pero Colosenses 1:16 dice que en Jesús “fueron creadas todas las cosas”. O bien tenemos dos Creadores, o bien el Dios de Génesis 1 es el Dios de Colosenses 1.

El apóstol Juan hizo idénticas afirmaciones de Jesús cuando empezó su Evangelio con estas palabras: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios” (Jn. 1:1). Entonces el Verbo se diferencia de Dios, sin embargo, el Verbo es igual a Dios.

Juan no nos deja dudas sobre la identidad del Verbo. “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad” (Jn. 1:14). Luego agregó: “A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer” (v. 18).

Cuando unimos estos tres pasajes, obtenemos una perfecta descripción de Jesucristo. Él se diferencia de Dios, sin embargo, es igual a Dios. Tomó forma humana con el propósito de hacer visible a los seres humanos al Dios invisible. El escritor de Hebreos dijo que Jesús es “el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su [Dios] sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder” (He. 1:3).

De modo que no permitas que nadie te diga que Jesús es un gran hombre o simplemente un hijo de Dios. Él es Dios, el Hijo. Hay una expresión aun más fuerte en Hebreos 1:8, porque aquí Dios mismo es el que habla. “Mas del Hijo dice: Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo”. Dios Padre llama a su Hijo “Dios”. Nada podría ser más claro o directo que eso. Con razón Pablo escribió lo mismo sobre Jesús: “Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Col. 2:9).

No se puede proclamar esto acerca de nadie más. Jesús afirmó

EN HEBREOS 1:8,
DIOS PADRE LLAMA
A SU HIJO “DIOS”.
NADA PODRÍA SER
MÁS CLARO QUE ESO.

EL PODER DE LA CRUZ

ser igual a Dios, y los escritores de las Escrituras respaldaban constantemente esa afirmación.

Una tercera prueba de la deidad de Jesús es que aceptaba con beneplácito la adoración de sus discípulos y otros seguidores. Para un simple ser humano hacer eso sería una blasfemia. Pero los discípulos de Jesús le reconocían como Dios y, después de su resurrección y ascensión, no tuvieron dudas en proclamarlo.

Un ejemplo de esta adoración es esa importante escena en Juan 20 cuando Jesús se apareció a los discípulos después de su resurrección. Tomás no había estado presente en la aparición anterior, y dijo que no creería si no lo veía con sus propios ojos (v. 25). Entonces Jesús se apareció a los discípulos e invitó a Tomás a tocar sus manos y su costado para que creyera (v. 27). Tomás respondió: “¡Señor mío, y Dios mío!” (v. 28).

Jesús no solo aceptó las palabras de adoración de Tomás, sino que dijo que todos aquellos que creen en Él son “bienaventurados” (v. 29). Observa que cuando Tomás expresó: “¡Señor mío, y Dios mío!”, Jesús no rechazó su adoración, sino que le dijo: “Porque me has visto, Tomás, creíste”. Él aceptó la adoración que solo le pertenece a una Deidad. Encontramos otros ejemplos de adoración a Jesús en los Evangelios. Anteriormente, en el ministerio de Jesús, los discípulos lo adoraron después de calmar una tormenta (Mt. 14:33). Incluso los demonios reconocieron su deidad, aunque Jesús los silenció (Mr. 1:23-25). Pero el mismo Jesús ofreció la prueba más contundente de su divinidad. Respondió a la tentación de Satanás con la declaración: “Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás” (Mt. 4:10).

Jesús dijo que la adoración le pertenece solo a Dios, sin embargo, Él recibía esa adoración. Solo Dios podía decir lo que Jesús dijo.

Una cuarta prueba de la deidad de Jesús es su calidad de miembro de la Trinidad. Tito 2:13 dice que Jesucristo es “nuestro

LA UNICIDAD

gran Dios y Salvador Jesucristo”. La Biblia enseña que Jesucristo es el Hijo de Dios y, a la vez, enteramente Dios. También enseña que Dios Padre es Dios. La pregunta que la iglesia primitiva se hacía era cómo Jesús podía ser Dios y, a la vez, diferenciarse del Padre como el Hijo.

Un niño de nuestra iglesia una vez me preguntó: “Pastor, si Jesús es Dios, entonces a quién le habló en la cruz cuando dijo: ‘Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?’. ¿Estaba hablando con Él mismo?”.

Esta es una pregunta muy perceptiva. Jesús no estaba hablando consigo mismo en la cruz, sino con el Padre. Podemos afirmar esto con plena confianza, porque la Biblia enseña que la Divinidad está compuesta por tres personas distintas, sin embargo, iguales, que comparten la misma esencia divina: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Utilizamos el término “Trinidad” para referirnos a esta verdad fundamental.

De modo que cuando hablamos de Dios, podríamos estar hablando ya sea de la Divinidad corporativamente o de cualquiera de las tres personas que conforman la Divinidad. La Palabra de Dios enseña la deidad de Jesús, porque lo presenta como un miembro de la Divinidad, la divina Trinidad. Jesús se presentó diferente del Padre cuando se identificó como “el Hijo de Dios” (Jn. 10:36, NVI). Sin embargo, apenas unos minutos antes de decir eso, también dijo: “Yo y el Padre uno somos” (v. 30).

La unidad de la Trinidad y, aun así, la distinción de sus tres miembros es evidente en la comisión de Jesús a sus discípulos. Él los mandó a bautizar a los que creyeran “en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo” (Mt. 28:19). Normalmente, esperaríamos leer la forma plural “nombres” aquí, porque Jesús mencionó tres nombres. Sin embargo, usó el singular de “nombre”. De modo que podemos concluir que, o bien Jesús

EL PODER DE LA CRUZ

se equivocó, o bien usó el singular a propósito, porque los tres miembros de la Divinidad componen una entidad.

No hay dudas de cuál es la conclusión correcta. El nombre de Dios es singular, porque el Dios trino es un solo Dios. Esto es congruente con lo que enseñan las Escrituras. Pablo terminó una de sus cartas con esta bendición: “La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros” (2 Co. 13:14). Pablo integró las tres personas de la Divinidad, porque son uno.

La Trinidad no es un concepto fácil de entender, porque no hay nada igual en el universo. Sin la Biblia no tendríamos conocimiento de esta clase de existencia. Va más allá de nuestro entendimiento pensar en un Dios que existe en tres personas iguales, con distintas personalidades, pero con la misma esencia. Se han hecho varias ilustraciones para explicar la Trinidad, pero ninguna lo logra en su totalidad, porque la Trinidad es única.

Por ejemplo, alguien ha sugerido la ilustración del agua, el hielo y el vapor. Los tres elementos están compuestos por la misma esencia, sin embargo, son formas distintas de esa esencia. El problema con esto es que si lo aplicamos a la Trinidad, da a entender que Dios aparece a veces como el Padre, a veces como el Hijo y a veces como el Espíritu Santo. Pero es una herejía, porque la plenitud de la Divinidad siempre está presente en cada miembro de la Trinidad.

Otra ilustración habitual de la Trinidad es el huevo. Un huevo tiene tres partes: la cáscara, la yema y la clara (albúmina). El problema con esta ilustración es que ninguna de las tres partes puede definirse en sí misma como un huevo. Son solo partes del huevo. Pero la plenitud de la Deidad reside en cada miembro individual de la Divinidad. Jesucristo no es en parte Dios; Él es enteramente Dios. Lo mismo se puede decir del Padre y del Espíritu Santo.

La mejor ilustración de la Trinidad que he encontrado es la

LA UNICIDAD

rosquilla *pretzel*. Una típica rosquilla *pretzel* tiene tres círculos o agujeros formados con la masa. Estos agujeros son distintos uno del otro, y cada agujero es entero en sí mismo. Sin embargo, los tres agujeros están entrelazados, porque pertenecen a la misma pieza de masa. Tienen la misma característica. Son una sola rosquilla *pretzel*, no tres. Esta no es una ilustración perfecta, pero creo que es la más cercana al concepto. La doctrina bíblica de la Trinidad establece la plena deidad de Jesucristo. Él es Dios.

Dios se hizo hombre

Sin embargo, Jesús también es hombre. Participa de la naturaleza de la Deidad, porque es el Hijo de Dios. También participa de la naturaleza de la humanidad, porque es el “Hijo del Hombre”. De hecho, este fue el distintivo favorito de Jesús.

Jesús dejó el cielo y se hizo hombre, que es lo que conocemos por el término “encarnación”. Jesús se hizo carne, un suceso profetizado en las Escrituras cientos de años antes que Jesús naciera. Dos profecías del libro de Isaías y su cumplimiento en el Nuevo Testamento hacen una descripción de la naturaleza humana de Jesús. Él era enteramente humano, sin embargo, único en varios aspectos importantes.

La distinción más importante de la naturaleza humana de Jesús es que nació de una virgen. En Isaías 7:14, el profeta escribió: “Por tanto, el Señor mismo os dará señal: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel”. Dos capítulos después hay una segunda profecía: “Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado” (9:6).

Observa qué meticuloso es el Espíritu Santo con las palabras que usa aquí. El Hijo “nos es dado”, no nacido. ¿Por qué? Porque como Hijo de Dios, Jesús ya existía. Pero el niño “nos es nacido” es una referencia al nacimiento de Jesús en Belén. Dios Padre nos dio a su Hijo a través de una concepción sobrenatural en carne y hueso mediante el proceso del nacimiento humano. Pablo unió

EL PODER DE LA CRUZ

esas dos profecías de Isaías cuando escribió: “Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley” (Gá. 4:4).

Dios “envió” al Hijo, porque el Hijo “nos es dado” (Is. 9:6). Jesús era “nacido de mujer”, porque “un niño nos es nacido”. Esta es la encarnación de Jesucristo. La historia del nacimiento de Jesús confirma su carácter distintivo como Dios hecho carne. Mateo dice que el suceso del nacimiento de Jesús “aconteció para que se cumpliera lo dicho por el Señor por medio del profeta [Isaías]” (Mt. 1:22). Antes de esta declaración, Mateo antepuso las razones específicas del nacimiento de Cristo: “Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mt. 1:21).

Básicamente, Jesús fue un niño que nació para morir. María lo sabía. José lo sabía. Incluso los sabios que fueron al pesebre a adorar al niño, que los había creado, lo sabían. Por eso los regalos que le llevaron fueron oro, incienso y mirra. Particularmente, la mirra es una resina costosa usada como un perfume, sin embargo, también se usaba para preparar a los cuerpos para la sepultura (Jn. 19:39). Los sabios le llevaron a Jesús esta fragancia de sepultura por la misma razón por la cual María envolvió a su recién nacido en pañales. Las tiras de tela mantenían los brazos del recién nacido derechos durante sus primeros días. Esas tiras de tela eran como las que se usaban para envolver a los muertos. El significado tanto de los pañales como de la mirra no es una incógnita en Mateo, quien anuncia que este niño había nacido para quitar los pecados del mundo.

Es de destacar que el escritor del Evangelio dio otro testimonio del carácter distintivo de la naturaleza humana de Jesús. Mateo concluyó la genealogía del Señor y escribió: “y Jacob engendró a José, marido de María, de la cual nació Jesús, llamado el Cristo” (Mt. 1:16). La expresión “de la cual” es muy importante aquí, porque es un pronombre relativo del singular femenino.

LA UNICIDAD

Es muy importante, porque la Biblia está diciendo que Jesús fue concebido a través de María, no de José.

Esto, en otras palabras, es un testimonio meticuloso de su nacimiento virginal. José es importante en la genealogía de Jesús, porque Mateo está mostrando que José era descendiente de David. Puesto que José era el padre legal de Jesús —aunque no biológico—, Jesús tenía un derecho legítimo al trono de David. Jesús fue concebido por el Espíritu Santo (Lc. 1:35), no por José, para que su naturaleza humana no tuviera pecado. Por eso lo llamarían “el Hijo de Dios” en su nacimiento.

La humanidad de Jesús tuvo un origen tanto celestial por medio del poder del Espíritu Santo como un origen terrenal por medio de María. Puesto que la naturaleza de Jesús es diferente a la de nosotros en cuanto a que no tuvo pecado y que nació de una virgen, a lo largo de la historia de la Iglesia algunos negaron que su humanidad fuera real. Ellos creían que solo parecía humano. Pero esa es otra herejía que niega la veracidad de su vida y su muerte por el pecado.

No te equivoques, Jesús fue enteramente humano. Los Evangelios lo demuestran una y otra vez. Él fue el Dios que creó todo, el Dios que nunca se cansa ni duerme. Sin embargo, en su humanidad, podía cansarse y tener sed (Jn. 4:6-7). Sabemos que Jesús tenía emociones humanas, porque lloró en la tumba de Lázaro (Jn. 11:35) y sentía compasión por la gente (Mt. 9:36). Él también nos amó con amor eterno. Y tenía un alma y un espíritu humano (Mt. 26:38; Lc. 23:46), como todos los seres humanos.

A algunas personas les cuesta entender la naturaleza humana de Jesús, porque piensan que si fue humano, tuvo que haber

JESÚS FUE ENTERAMENTE HUMANO. PODÍA CANSARSE Y TENER SED, TENÍA EMOCIONES HUMANAS, PORQUE LLORÓ EN LA TUMBA DE LÁZARO.

EL PODER DE LA CRUZ

tenido pecado. No es así cuando el Espíritu Santo supervisa el proceso del nacimiento. Ya hemos notado que Jesús fue concebido por el Espíritu Santo y así evadió la naturaleza humana pecadora de José como el padre. La misma objeción surge de la Biblia. Se argumenta que si los escritores de la Biblia fueron seres humanos, debe tener errores. Eso podría ser verdad excepto por un detalle: el Espíritu Santo supervisó la redacción de las Escrituras para preservarlas del error (2 P. 1:21).

Lo que el Espíritu hizo con la Palabra de Dios escrita, lo hizo con la Palabra de Dios encarnada: Jesucristo. El Espíritu administró la concepción tanto de la Palabra escrita como de la encarnada, de tal manera de que ninguna tuviera contaminación humana. Pablo escribió que Jesús “no conoció pecado” y fue el sacrificio perfecto que “por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Co. 5:21).

Si Jesús fue solo un ser humano pecador, su muerte no habría podido salvarnos. Según Hebreos 4:15, el ministerio presente de Jesús en el cielo como nuestro Gran Sumo Sacerdote radica en su falta de pecado. Él no podría ayudarnos en nuestra debilidad si hubiera sido tan pecador y débil como nosotros.

La deidad y la humanidad de Jesús

Las dos naturalezas de Jesucristo forman lo que los teólogos llaman *la unión hipostática*. Este es un término técnico que designa la unión de la Deidad inalterable y la humanidad legítima, aunque sin mezclarse, en una sola persona para siempre. En otras palabras, Jesús no fue menos Dios cuando se convirtió en un hombre legítimo. Él fue enteramente hombre, pero sin pecado. Es importante que entendamos que Jesús es una persona, no dos. Él es Dios-hombre, no a veces Dios y a veces hombre. Él es una persona con dos naturalezas. Jesús tiene una naturaleza enteramente humana y una naturaleza divina, que lo hace único. Ningún otro es Dios hecho hombre; Dios hecho carne.

LA UNICIDAD

Un pasaje de las Escrituras presenta sus dos naturalezas: Filipenses 2:5-11. Analizaremos con mayor detalle este excepcional pasaje más adelante, pero concluimos este capítulo con los puntos destacados de esta unión para mostrar que este texto nos muestra cómo deberíamos vivir en respuesta a lo que Jesús hizo cuando tomó la naturaleza humana. Resulta significativo que en los versículos 3 y 4, como prólogo de este pasaje, el apóstol Pablo llama a los creyentes a ser humildes y no orgullosos, a buscar el bien de los demás en vez de su propio bien, así como Jesús vivió cuando estuvo en la tierra.

Después escribió: “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse” (vv. 5-6). Esta es una tremenda declaración de la deidad de Jesús. Ya existía como Dios antes de su nacimiento en Belén. Era igual al Padre en su esencia divina. Esta es una breve definición de lo que la Biblia dice sobre la deidad de Jesús.

Luego encontramos la humanidad de Jesús, “que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres” (v. 7). ¿Significa esto que Jesús se despojó de su deidad? No, en absoluto. Era imposible que Jesucristo pudiera dejar de ser Dios. Este versículo no habla de aquello de lo cual Jesús se vació, sino de aquello de lo cual se llenó. Es como verter algo de una jarra a la otra. Jesús tomó toda su deidad y la vertió en otra vasija “tomando forma de siervo”.

Él no dejó de ser quién es, sino que cambió la forma de quién es. Cuando vino a la tierra, Jesús pasó de su forma glorificada preexistente y vertió la totalidad de su deidad en una forma humana. El solo hecho de convertirse en un ser humano era suficiente humillación para el Hijo de Dios. No obstante, Jesús

JESÚS VINO COMO UN
SIERVO HUMILDE, LO
CUAL SIGNIFICA QUE
NO HAY NADIE CON
QUIEN JESÚS NO SE
PUEDA IDENTIFICAR.

EL PODER DE LA CRUZ

tomó “forma de siervo”, un esclavo, la posición más baja de la jerarquía social de esa época.

Podríamos decir que Él, que es el verdadero Dios del Dios verdadero, tomó forma de “verdadero siervo del siervo verdadero”. Por eso la mayoría de la gente en la época de Jesús pasó por alto su nacimiento. La gente buscaba un rey, no un siervo. Esperaba un rey que naciera en un palacio y en una familia de padres ricos, no en un establo y en la más pobre de las familias.

Jesús vino como un siervo humilde, lo cual es una buena noticia para nosotros, porque eso significa que no hay nadie con quien Jesús no se pueda identificar. Si no perteneces a una clase social muy alta, Jesús te entiende porque Él tampoco lo fue. Y no importa cuán alta pueda ser tu clase social, la posición de Jesús es mucho más alta, porque Él es el Hijo de Dios.

Cuando Jesús se hizo hombre, fue “hecho semejante a los hombres” (Fil. 2:7). Aunque Jesús fue mucho más que solo un hombre, aquellos que lo veían lo consideraban un simple hombre. Jesús no se paseaba con un halo alrededor de su cabeza. Él era como cualquier hombre.

Lucas 2:52 dice que Jesús crecía igual que todos los hombres: física, espiritual, emocional y socialmente. Isaías dijo que no había en la apariencia humana de Jesús “belleza ni majestad alguna”, que hiciera que la gente se parara y lo mirara dos veces (53:2, NVI). Jesús no solo nació en condiciones humildes, sino que, “estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil. 2:8).

En su sacrificio por nuestros pecados, Jesús aceptó con humildad la más dolorosa y humillante forma de muerte que los romanos podían imponer. En la crucifixión de Jesús obtenemos la idea de lo que significa cuando la Biblia dice que se humilló a sí mismo. Jesús decidió dejar a un lado el uso independiente de sus atributos divinos y se sometió por completo a la voluntad de su Padre. ¿Cómo sabemos esto? Porque cuando Pedro atacó al

LA UNICIDAD

siervo del sumo sacerdote, Jesús le dijo que podía llamar a más de doce legiones de ángeles que lo defendieran si Él lo deseaba (Mt. 26:53). Pero Jesús no hizo eso, aunque sabía que el verdadero sacrificio por el pecado significaba sufrir y morir. Él no podía recurrir a su poder divino para destruir a Satanás; Él debía someterse a la muerte.

Desde luego que Filipenses 2 no termina con el versículo 8. Porque Jesús fue obediente hasta la muerte... “Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla... y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (vv. 9-11).

El honor que Jesucristo merece es honor intrínseco, porque Jesús es el Rey del universo, el único Dios-hombre ante quien toda rodilla se doblará algún día. Cuando entendemos y conocemos verdaderamente quién es Él, podemos comprender todo lo que ha hecho por nosotros en la cruz. La cruz no es algo que solo sucedió en cierto momento de la historia. Cuando estudiamos la Palabra profética, podemos ver que el suceso de la cruz estaba establecido mucho antes que Cristo naciera. Tanto la profecía como la tipología anuncian la cruz en el Antiguo Testamento, que es el tema de nuestro próximo capítulo.

